

Juntos hablamos de Dios. Diálogo y encuentro entre las religiones

*JOSÉ MORALEDA RODRÍGUEZ**

Lo lejano y lo extraño se nos han hecho próximos. Los movimientos migratorios están transformando nuestras sociedades. Nuestros vecinos son personas que tienen distintas costumbres en su vestido y en su comida, que se expresan en diferentes lenguajes, que son sensibles de una manera peculiar ante los problemas de la vida, del mundo y de la historia. También son diferentemente religiosos. La sociedad española, que durante siglos conservó la homogeneidad religiosa, se enfrenta inevitablemente al pluralismo de creencias y prácticas rituales. A nuestro lado caminan los que antaño eran desconocidos seguidores de religiones extrañas. Los más jóvenes acuden a los colegios, comparten juegos y los beneficios sociales que proporcionan nuestras instituciones. Ahora son compañeros en el trabajo, son nuestros vecinos, quizá hasta son amigos. Los extranjeros son nuestros prójimos.

En esta sociedad religiosamente plural, nuestras vidas se enriquecen con las nuevas relaciones, pero también deben enfrentarse a problemas y desafíos. Lo más conveniente en esta situación es contemplar el pluralismo religioso como oportunidad, como una invitación al diálogo y la cooperación entre los seguidores de las distintas religiones. Sin duda, mientras miramos a nuestro alrededor, a los conocidos y a los diferentes, esperamos ser mejores, avanzar en el camino que nos lleva a la divinidad. Nuestra mirada quiere ser benévola, abierta al conocimiento y al encuentro con los otros itinerarios religiosos.

* Profesor del Instituto Superior San Pío X.

Esta actitud humanista no se fundamenta en un optimismo iluso que ignora las dificultades para la convivencia y los problemas heredados de una historia conflictiva y violenta. La pervivencia de los viejos enfrentamientos en el sentimiento y en la vida de muchos creyentes queda reflejada con viveza en el testimonio de León Klenicki:

«La veo cada vez que salgo de la sinagoga. El sábado a la mañana después de los servicios, mientras camino a casa, está ahí, esperándome, desafiándome. Es la cruz de una iglesia cercana. ¿Por qué me perturba? La santidad del día se arruina con una imagen que proyecta recuerdos del pasado, recuerdos transmitidos por generaciones, por mis padres, recuerdos de experiencias que yo nunca tuve. Son imágenes y recuerdos de persecución y desprecio por personas. Me siento abrumado a pesar de mis propios sentimientos religiosos de camaradería y mi compromiso en el actual diálogo con los cristianos. La cruz está ahí, ¡un desafío para mi paz interior! Me doy cuenta de que no pensé en la cruz como símbolo del cristianismo. Lo que vi fue un símbolo de un grupo de personas que en nombre de su propia religión ha sido cruel, muchas veces malvada con mi propia comunidad de fe. Me sentí incómodo, ambiguo con respecto a la cruz. Y de pronto, otra imagen vino a mi mente. La de una mujer que suelo ver en el metro. Siempre lee el mismo librito: un Nuevo Testamento. Lo estudia orando, como yo lo hago todos los días con el texto semanal de la Torah. Simpatizo espiritualmente con ella: siento que compartimos algo misterioso, aunque estamos comprometidos en caminos diferentes. Tal vez ella no entienda mi espiritualidad, tal vez la rechace, pero estamos juntos en Dios.

Tanto la cruz en cuanto símbolo, como la mujer, me recuerdan la necesidad de entender al otro como persona de Dios. ¿Es posible hacerlo? ¿Puedo ser realmente una persona judía religiosa si dejo de lado al cristianismo, una comunidad religiosa que se arraiga en la relación de alianza de Dios? ¿Puedo desconocer dos mil años de testimonio cristiano, eludiendo las representaciones de ese compromiso de fe? ¿Puedo reflexionar sobre el cristianismo a través de un encuentro con cristianos? ¿Puedo superar dos mil años de recuerdos?». ¹

¹ L. Klenicki, *Sobre el cristianismo: hacia un proceso de curación histórica y espiritual. Entender al otro como persona de Dios*. En: <http://www.jcrelations.net/es/?id=2132>. Consulta, 15 de octubre de 2005.

Los cristianos leemos con dolor y sorpresa esta experiencia. Afortunadamente junto a la denuncia y el recuerdo de violencias pasadas hay una salida esperanzada: la simpatía y la proximidad de judíos y cristianos porque estamos juntos en Dios.

BUSCAR JUNTOS LA VERDAD

En el contexto del pluralismo religioso de nuestra época, el diálogo interreligioso pretende establecer una comunicación fecunda entre los miembros de las distintas religiones que conviven juntas. Esta comunicación puede adoptar formas diferentes, pero exige siempre el ejercicio de actitudes positivas de mutuo respeto, de igualdad y libertad. El diálogo verdadero se fundamenta en un interés sincero y generoso por conocer a los miembros de otras tradiciones religiosas, por comprender y establecer lazos de solidaridad y amistad. Así se superan prejuicios históricos, se alejan la desconfianza y la indiferencia que impiden la buena convivencia entre los vecinos diferentemente religiosos.

El encuentro religioso entre los próximos nos permite soñar con un encuentro más universal: el diálogo entre las grandes religiones del mundo. Porque la colaboración de las religiones es posible y es necesaria para resolver los graves problemas de nuestra época: la violencia, la pobreza y el deterioro ecológico. La humanidad pide a las religiones que asuman su responsabilidad histórica y afronten los desafíos que se derivan de la globalización. En expresión de Hans Küng: «No habrá paz en el mundo sin diálogo entre las culturas, y no habrá paz entre las culturas sin paz entre las religiones».

El diálogo interreligioso invita al conocimiento de los otros creyentes y de las milenarias tradiciones que constituyen el patrimonio de cada religión. El conocimiento de otras creencias y ritos contribuye a descubrir las diferencias y, también, a encontrar las convergencias y afinidades. El resultado no puede ser otro que el enriquecimiento mutuo.

El diálogo interreligioso nos estimula a buscar juntos la verdad. Una búsqueda respetuosa de la libertad de conciencia que nos encamina a Dios. En relación con el tema de la verdad, Claude Geffré plantea la paradoja del diálogo interreligioso y nos advierte sobre dos posibles confusiones:

«La paradoja del diálogo de las religiones es conciliar el compromiso absoluto con su propia verdad («el sabor áspero del absoluto») con una actitud de apertura, de respeto y de estima respecto a las convicciones de los fieles de otras religiones. Pero es importante entender que el diálogo de las religiones no tiene por meta buscar una unidad mítica entre los miembros de las varias religiones como si se tratara de constituir un frente común de todos los hombres y mujeres religiosos frente a la multitud inmensa de los que no profesan ninguna creencia religiosa.

No hay que confundir por tanto el diálogo interreligioso con el diálogo ecuménico que practican las Iglesias cristianas desde hace varias décadas. Aquí se trata, en efecto, de buscar una unidad visible de los cristianos más allá de las rupturas históricas que dieron origen en el curso de los siglos a las Iglesias separadas».²

DIÁLOGO DE PEREGRINOS

El primer fundamento del diálogo interreligioso lo encontramos en la unidad de Dios. Si la religión es el camino que conduce a Dios, este camino tiene que ser accesible para todos los hombres desde sus distintas circunstancias históricas y culturales. Si Dios es uno y único, el camino que nos lleva a Él nos hace a todos compañeros de viaje. Y en nuestra situación de peregrinos hacia Dios resulta natural que nuestros caminos se aproximen a medida que alcanzamos la meta. Tal como afirma Panikkar: en toda religión existen aguas vivas que corren hacia su origen, y el Dios único dirige el curso de esos ríos hacia el mar universal.³

² C. Geffré, «El futuro de la religión entre el fundamentalismo y la modernidad», *Iglesia Viva*, n.º 202 (2005), pp. 108-109.

³ R. Panikkar, *Religión y Religiones*, Gredos, Madrid 1965, p. 188.

Dios llama al hombre a la unión existencial con él, pero su invitación no exige una uniformidad radical. *Ser diferente* es un don de Dios. Como no podemos evitar las diferencias, debemos aprender a convivir tal como somos. Debemos respetar la dignidad de la diferencia. Si nos definimos como islas, si rechazamos al otro, nuestra convivencia no avanza. En nuestras ciudades no debe haber extranjeros aislados sino prójimos. Si aceptamos a los otros, si reservamos espacios para que las identidades dialoguen, construiremos comunidades armoniosas y creativas.

Por otro lado, la globalización, la pluralidad creciente y la secularización están provocando desajustes sociales y profundas crisis personales de identidad. Probablemente la religión es la única fuerza capaz de dar una respuesta de sentido y curar las identidades heridas. Para lograrlo es imprescindible crear un clima propicio para el diálogo y la cooperación amistosa. Crear y mantener el espíritu de diálogo interesa a las propias religiones porque de este clima de entendimiento depende la credibilidad de las instituciones religiosas y, también, su enriquecimiento mutuo.

Las mismas diferencias históricas, aunque son condicionamientos importantes, no deben impedir una convergencia dinámica de las tradiciones religiosas. Como muestra la historia, las religiones mundiales han cambiado desde su situación local más específica hasta la universalidad, desde su localismo hasta su expansión planetaria. El hinduismo tuvo que superar la peninsularidad primitiva; el budismo saltó las fronteras que lo vieron nacer; el cristianismo salió de su localismo en el Medio Oriente para extenderse por todo el mundo; el mismo Islam escapó de su carácter tribal. Todas las religiones han cambiado. No se trata de una evolución ecléctica que se aparta de los propios orígenes, más bien es la evolución propia y homogénea de la propia religión que asimila valores ajenos fundamentales.

El diálogo interreligioso debe interesar especialmente a las instituciones civiles porque la colaboración entre las distintas religiones es uno de los principales medios para promover la paz y la solidaridad, para superar los prejuicios y respetar los derechos humanos de todos los hombres. En este

punto hay que denunciar que el respeto a la libertad religiosa aún debe ser reconocido y aplicado en algunos países. Las religiones encuentran problemas para su desarrollo y para la proclamación de su mensaje en muchos lugares. Conviene recordar el texto del Concilio Vaticano II al respecto:

«La persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar libres de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública o privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites». ⁴

Pero la libertad religiosa obliga a todos. Las mismas religiones deben respetar este derecho fundamental y promover la libertad de conciencia. Cuando las religiones pronuncian su palabra, lo deben hacer no desde la imposición, sino desde el respeto, desde la autoridad que aporta una rica tradición espiritual y la fuerza del testimonio solidario de los creyentes.

Desde una perspectiva más personal, cada creyente debe saber que encontrarse con otros creyentes, y conocer otras vivencias y otros valores permite avanzar en la vida espiritual. El camino del creyente no está trazado de una vez para siempre: se revisa y se transforma, se cruza con otros caminos y se abre a nuevas perspectivas. Como hay diversos caminos de fe y espiritualidad, creer en nuestro tiempo requiere una gran flexibilidad. No se trata de abandonar la propia identidad, sino de profundizar en la misma. Conocedor de estos hechos, el *homo religiosus* en su búsqueda del Misterio se abre a otras formas de creencia religiosa, con el fin de encontrar caminos complementarios para su perfección.

La historia de las religiones es imprescindible para conocer e interpretar el pasado de la humanidad. Pero es más importante que las religiones colaboren para resolver los problemas del presente y afrontar con garantías el

⁴ *Dignitatis humanae*, 2.

futuro de la humanidad. «Hoy más que nunca (escribe R. Panikkar⁵), el diálogo de las religiones es inevitable, importante, urgente, peligroso, desconcertante y purificador. Por medio del diálogo profundizaremos en nuestra tradición religiosa, conoceremos mejor a los otros, y nos estimularemos mutuamente en la construcción de nuestras sociedades».

LAS DIFICULTADES DEL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Acudir con confianza al encuentro con los otros no evita tener que afrontar dificultades, riesgos y temores. En primer lugar, el diálogo es difícil en aquellos lugares en los que la convivencia, o la mera coexistencia, es problemática. Peor aún si la religión se utiliza para justificar la violencia, si ciertos grupos religiosos fomentan y apoyan los enfrentamientos entre comunidades. La historia nos hace herederos de divisiones profundas, de enemistades y conflictos duraderos no resueltos. Con frecuencia, cuando las religiones se sientan a dialogar, junto a los interlocutores, acuden como invitados invisibles los recuerdos de violencias pasadas, las acciones, omisiones y silencios en los conflictos religiosos.

En nuestras sociedades pluralistas no es fácil la convivencia entre las mayorías y las minorías religiosas. No son extraños los episodios de marginación y de exclusión. Si, por un lado, las mayorías oprimen o menosprecian a los más débiles, por otro, los grupos minoritarios se refugian en su identidad religiosa y cultural y son incapaces de abrirse a otras comunidades. La religión otorga un sentido profundo de pertenencia, y para muchas personas es la más fuerte expresión de identidad. Algunos creyentes cuando se sienten atacados o amenazados en su identidad pueden resultar muy violentos. Muchas veces las identidades religiosas dividen y encierran en sí mismas a las comunidades religiosas. Este aislamiento del grupo, mirado desde el exterior, genera desconfianza y hostilidad. No obstante, en multitud

⁵ R. Panikkar, *La nueva inocencia*, Verbo Divino, Estella, pp. 352-355.

de ocasiones, los enfrentamientos, la opresión y la polarización son explotados con fines étnicos y políticos.

Por otra parte, algunos creyentes ven el pluralismo como una amenaza para la religión, temen perder la propia identidad y que sus creencias se disuelvan en el río de la diversidad de opiniones. El integrista religioso y el fundamentalismo no se sienten seguros en las sociedades plurales. Levantan nuevos muros o se enfrentan con violencia contra lo que consideran un peligro. Michael Amaladoss, en su análisis de las dificultades del diálogo con las religiones orientales, comenta:

«Porque aún los fundamentalistas moderados creen que su punto de vista del mundo representa el mundo como es realmente, atribuyen la ignorancia y aun la falsedad a los otros. Algunas religiones tratan de hacer proselitismo. Hay misioneros agresivos. Otros tienden a marginar a los que difieren de ellos. Incluso el hinduismo, que se enorgullece de su tolerancia, se opuso activamente en el pasado al budismo y al jainismo. Y en el presente, se opone al cristianismo y al islamismo como religiones “extranjeras”. El proselitismo agresivo les puede llevar a reacciones de autodefensa de los otros grupos. El exclusivismo religioso hace brotar la ignorancia y el prejuicio hacia las otras religiones, aparte de otras actitudes negativas que les hace considerarlas como falsas e inmorales, por supuesto desde su propio punto de vista».⁶

Las dificultades son reales, pero es preciso superar los temores y salir al encuentro de los otros con esperanza. Si algunas perspectivas religiosas fomentan el fanatismo, el enfrentamiento y la polarización, hay otras que ven la pluralidad religiosa como una oportunidad para el diálogo y el enriquecimiento espiritual.

⁶ M. Amaladoss, «Dificultades del diálogo con las religiones orientales», *Iglesia Viva*, n.º 208 (2001), p. 13.

LOS RIESGOS Y TENTACIONES DEL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Como acabamos de ver, hay que dialogar con esperanza, pero también con seriedad. El diálogo tiene que permitir plantear cuestiones, abrir nuevos espacios de interacción creativa y promover un mayor acercamiento. El diálogo no puede reducirse a un simple intercambio de cortesía; ni a un intercambio superficial y folclórico de tópicos y lugares comunes; tampoco es un diálogo interesado, ni debe plantearse como una negociación entre partes con intereses y reivindicaciones enfrentadas. En este punto, son oportunas las aclaraciones de la encíclica *Redemptoris missio*:

«El diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias; es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que “sopla donde quiere”. [...] El diálogo se funda en la esperanza y en la caridad, y dará frutos en el Espíritu. Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la revelación, de la que es depositaria para el bien de todos».⁷

El diálogo interreligioso se enmarca en un proceso de confianza y enriquecimiento mutuos. No obstante, también asume riesgos. El proceso del diálogo es creativo y arriesgado. Siempre es conveniente actuar con prudencia y servirse de precauciones elementales para sortear las trampas que suelen aparecer en estos intercambios. Algunas tentaciones: la adaptación ingenua, la sumisión acrítica y superficial, el silencio sobre contenidos y fundamentos de la identidad religiosa propia. Con mayor frecuencia se suele hablar de la tentación del relativismo y, sobre todo, de los peligros del sincretismo. El irenismo, el relativismo y las interpretaciones sincréticas afectan, sobre todo, a los interlocutores que no están debidamente formados, o son excesivamente crédulos. Toy Anarella describe este peligro aplicado a la situación particular de los jóvenes:

⁷ *Redemptoris missio* (1990), n.º 56.

«Influidos por una visión immanente y subjetiva de Dios, tan vecina a la de una divinidad pagana, los jóvenes se comprometen en las catequesis escolares y universitarias, en el diálogo interreligioso (confundido con una especie de ecumenismo) sin estar estructuradas en la fe cristiana; mezclan las ideas de las diferentes confesiones, como si se tratase de la misma representación de Dios. Al no haber interiorizado la inteligencia de la fe en el Dios trino, construyen un discurso religioso sobre el modelo de los mecanismos de la relación de fusión, entregándose a la tolerancia, a la confusión de los espacios, al igualitarismo para no diferenciarse, y también a un modo de expresarse de manera sensorial. Pero las diferentes ideas sobre la representación de Dios, según las diversas confesiones religiosas, no dan el mismo sentido del hombre, de la vida social y de la fe».⁸

Las circunstancias culturales facilitan la expansión del sincretismo entre nuestros contemporáneos: el descrédito de ideologías, utopías y de creencias; el desencanto y la soledad de los individuos que se sienten perdidos en la complejidad de nuestra sociedades plurales; la pérdida de credibilidad de las religiones oficiales, etc. En este contexto y desde planteamientos individualistas, muchas personas se lanzan en busca de una experiencia espiritual, desean reencontrar la unidad primordial del ser humano, del mundo, y de Dios mismo. Se trata siempre de una experiencia subjetiva que aspira a una vida más armónica y saludable para el cuerpo y el espíritu. Y se busca en las sabidurías de Oriente, en los saberes antiguos y misteriosos del esoterismo, en la parapsicología o en las terapias de la medicina alternativa. El sincretismo religioso no consigue una síntesis creadora, y perjudica la propia identidad porque conduce al relativismo y desfigura la experiencia religiosa auténtica. Una situación muy distinta acontece cuando la capacidad creativa de los creyentes, mediante una inculturación efectiva, incorpora a su espiritualidad elementos valiosos que toma de otras tradiciones culturales y religiosas.

⁸ T. Anatrella, *El mundo de los jóvenes: ¿quiénes son?, ¿qué buscan?*, Agencia Zenit, 8 de agosto de 2005.

Formas principales del diálogo interreligioso

En los documentos del magisterio de la Iglesia, en organismos internacionales y en instituciones ecuménicas se suelen considerar cuatro formas principales de diálogo interreligioso: el diálogo de la vida, de la acción o de las obras, el intercambio teológico y el diálogo de la experiencia religiosa.

1.º El diálogo de la vida se produce cuando los creyentes de las distintas religiones viven, trabajan juntos, o se relacionan con naturalidad en la vida diaria. Los acontecimientos concretos de la vida cotidiana facilitan estas oportunidades de encuentro, de convivencia o, incluso, de amistad: las fiestas, los matrimonios mixtos, los asuntos escolares, las reuniones de barrio, los contactos de buena vecindad, etc. En estas relaciones ocasionales hay que mostrar respeto y un verdadero interés por el otro; hay que cuidar los detalles y cultivar la hospitalidad. Es particularmente importante crear este clima de diálogo y de encuentro en los ámbitos educativos. Aunque estos diálogos pasan inadvertidos, tienen importancia fundamental para la convivencia armónica entre las religiones.

2.º El diálogo de las obras es un medio excelente para que las religiones colaboren en proyectos conjuntos de solidaridad. Las instituciones religiosas tienen que ser sensibles a los graves problemas a los que se enfrenta nuestro mundo: la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia, la búsqueda de la paz, la estabilidad política, la distribución de los recursos y la protección de la naturaleza. A escala más reducida, los grupos religiosos deben comprometerse en la solución de los problemas más inmediatos y próximos a los ciudadanos. De hecho, numerosas personas de diferentes religiones encuentran en su fe: la fuerza y la motivación para trabajar juntos con un espíritu solidario. Nuevamente hay que recordar que las instituciones educativas, con mayor razón la enseñanza superior, se tienen que implicar activamente en la promoción de una cultura de solidaridad.

3.º El diálogo teológico corresponde a los expertos, y normalmente se realiza en ámbitos académicos y en comisiones internacionales. Los representantes

de las distintas confesiones religiosas se reúnen para dialogar sobre los fundamentos religiosos y filosóficos de sus tradiciones. Estas conversaciones permiten desbrozar el terreno de prejuicios y falsas ideas; además sirven para profundizar en el conocimiento mutuo, y apreciar los valores culturales y espirituales de cada tradición religiosa. Las universidades ofrecen un lugar privilegiado para el diálogo y el encuentro de las religiones, en ellas los estudiosos puedan encontrar una plataforma de encuentro y de reflexión, y proyectar sus conclusiones al mundo de la cultura.

4.º El diálogo de la experiencia religiosa permite compartir las riquezas espirituales de las distintas tradiciones religiosas, por medio del intercambio de vivencias, métodos y prácticas de vida espiritual. Este diálogo llega a lo más profundo cuando los creyentes se unen en actos de culto, cuando se comparten la oración y la meditación. La oración que une a las diversas religiones tiene como consecuencia el enriquecimiento mutuo y facilita la cooperación fructífera en la promoción de los más altos valores e ideales espirituales. Además de enriquecer extraordinariamente a los participantes, permite un conocimiento más ajustado de determinados aspectos culturales que normalmente están más acentuados en unas religiones que en otras. Aún más, orar juntos nos estimula para luchar por la paz y la justicia, nos fortalece para trabajar por la armonía e integridad de nuestro mundo dañado y fragmentado.

Este tipo de diálogo, que incluye la participación en actividades de culto, está sujeto a discusión. Para algunos la oración en común no es posible. Otros temen comprometer su fe y su espiritualidad. Probablemente, los más no ven conveniente esta *mezcla espiritual*, porque reduce la práctica oracional a unos mínimos que no molestan a nadie, y no se destaca la espiritualidad característica de cada religión. A pesar de todo, muchos creyentes piensan que orar juntos es una ocasión excelente para el enriquecimiento espiritual. Estos últimos pueden apoyarse en la palabra y el testimonio de grandes líderes religiosos. El gran icono de los encuentros espirituales y la unión de las religiones por la paz quedó dibujado para siempre en Asís.

En octubre de 1986, el papa Juan Pablo II convocó a los líderes de las religiones mundiales para una jornada de oración por la paz. No fue una reunión para la negociación, ni para tratar temas doctrinales, sino un encuentro para vivir en común la experiencia de la peregrinación, el silencio y la oración. Merece la pena resaltar este acontecimiento de diálogo y de paz, y recordar algo de lo que allí se dijo:

«Hemos orado –cada uno a su manera–, hemos ayunado, hemos caminado juntos. De este modo hemos tratado de abrir nuestros corazones a la Realidad divina que está por encima de todos nosotros y de nuestros hermanos y hermanas de la humanidad.

Sí, mientras ayunábamos, hemos tenido presentes en nuestro espíritu los sufrimientos que guerras sin sentido han ocasionado y continúan ocasionando a la humanidad. De este modo hemos tratado de acercarnos espiritualmente a los millones de seres humanos que en todo el mundo son víctimas del hambre.

Mientras marchábamos en silencio hemos reflexionado sobre el camino por el que transita la familia humana: ya sea éste de hostilidad si rehusamos aceptarnos los unos a los otros en el amor; o ya sea como viaje común hacia nuestro alto destino si comprendemos que las otras personas son hermanos y hermanas nuestros. El hecho de que hayamos venido hasta Asís desde tan diversas regiones del mundo es en sí mismo un signo de este camino común que la humanidad está llamada a recorrer. O aprendemos a caminar juntos en paz y armonía, o iremos a la deriva destruyéndonos a nosotros mismos y a los demás. Esperamos que esta peregrinación a Asís nos haya enseñado nuevamente a ser conscientes del origen común y del común destino de la humanidad. Podemos ver en ello una prefiguración de lo que Dios quiere que sea el camino de la historia de la humanidad: una ruta fraterna a través de la cual marchamos acompañándonos los unos a los otros hacia la meta trascendente que Él nos ha señalado».⁹

⁹ Juan Pablo II, «La construcción de la paz». Discurso al final de las plegarias por la paz en la plaza de la basílica inferior de San Francisco, Asís, 27 de octubre de 1986.

LAS TAREAS DEL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Si nos acercamos al otro con sinceridad y generosidad, nuestro diálogo se convertirá en el motor de acciones y proyectos para edificar un mundo más humano. Las religiones pueden ofrecer orientación ante los nuevos desafíos, consolar e ilusionar a las personas perplejas y desconcertadas. Pero su palabra será más eficaz si viene acompañada por hechos solidarios, si las religiones trabajan y colaboran juntas. Cuando el diálogo interreligioso presta su voz a los silenciados, y convoca a la reconciliación a las comunidades enfrentadas, las mismas religiones ganan credibilidad, y su palabra es más eficaz porque viene acompañada de la coherencia del testimonio. El papel profético, señal característica de todas las religiones, debe impulsar a los grupos religiosos a salir de los muros que los limitan, y superar sus intereses exclusivos para ponerse al servicio de la humanidad. A menos que las religiones tomen la iniciativa, y actúen juntas en proyectos comunes, el diálogo interreligioso perderá gran parte de su significación.

La responsabilidad de las religiones comienza por dar respuesta a los problemas que afectan a los principios básicos, los derechos fundamentales y los valores sociales. En primer lugar, con la defensa del derecho a la vida, de su carácter sagrado, y la dignidad de las personas. El respeto a la vida en su integridad incluye la defensa y promoción de los valores morales espirituales. Asimismo, las religiones, que defienden el respeto a la integridad de la creación, tienen que apoyar el desarrollo sostenible de nuestro mundo. Nuevos compromisos para las religiones provienen de los derechos civiles de los ciudadanos. Los grupos religiosos unidos a otras fuerzas sociales tienen la responsabilidad de construir una ciudad regida por principios éticos y valores: libertad, participación, igualdad, transparencia en la gestión, solidaridad, protección de los débiles, etc.

Construir la paz

Desde hace años se pide, con insistencia, a las religiones que se comprometan con la paz. Es verdad que las religiones son pacificadoras en su naturaleza más íntima, pero muchos creyentes lo olvidan. En los últimos años han aumentado los conflictos religiosos, los enfrentamientos étnicos, el fundamentalismo religioso y la violencia. Para resolverlos, se ha pedido la intervención de las religiones. De hecho, numerosas iniciativas religiosas han intentado solucionar los conflictos, y representantes de las religiones se han involucrado en tareas de pacificación. Hoy se ha extendido la convicción de que las religiones pueden facilitar la convivencia entre los pueblos y contribuir decisivamente a la paz. Con todo, las religiones no tienen capacidad política para imponer la paz, su fuerza reside en su autoridad espiritual que puede transformar el corazón de los creyentes. Son muy expresivas las palabras del manifiesto de la Comunidad de San Egidio en Milán (1993):

«Nuestro único tesoro es la fe. El dolor del mundo nos ha hecho buscar en nuestras tradiciones religiosas la única riqueza que el mundo no posee. Allí hemos escuchado el eco profundo de un mensaje de paz y brotar energías de bien. Es la invitación a despojarnos de todo sentimiento violento y a desarmarnos de todo odio. La mansedumbre del corazón, el camino de la comprensión, el uso del diálogo para la resolución de conflictos y contraposiciones son los recursos de los creyentes y del mundo». [...] «Sobre todo debemos reformarnos a nosotros mismos. Que ningún odio, ningún conflicto, ninguna guerra encuentren en las religiones un incentivo. La guerra nunca puede ser motivada por las religiones. ¡Que las palabras de las religiones sean siempre palabras de paz!».¹⁰

En el camino de la paz es importante reconocer los propios errores, pedir perdón y perdonar. Tenemos que *purificar la memoria histórica*, según la expresión profética y justa de Juan Pablo II. Tal purificación debe llevar a

¹⁰ A. Riccardi, «El papel de las religiones a favor de la paz». Intervención en el Encuentro Internacional Hombres y Religiones, en Barcelona. Agencia Zenit, 4 de septiembre de 2001.

los creyentes a pedir perdón por la intolerancia, por no respetar la libertad de conciencia, por la violencia contra las otras confesiones. Sin perdón no habrá justicia, ni paz. Pedir perdón despeja el camino para superar enfrentamientos históricos y reconciliar a enemigos seculares. Más aún, las religiones, si son fieles a su vocación pacificadora, tienen que curar las heridas, generar confianza y reconciliar. Purificar el pasado y, también, prevenir los enfrentamientos. He aquí una nueva tarea para los creyentes: desactivar los conflictos potenciales. El compromiso humanitario y profético debe llevar a las religiones a luchar contra las raíces de la violencia, y a fortalecer una cultura mundial de paz, promoviendo la vida, la dignidad y la justicia.

Edificar la comunidad

En un mundo pacificado será más fácil la tarea de construir la comunidad. Porque hoy es más urgente que nunca mejorar las relaciones entre los distintos grupos sociales y religiosos. La mundialización está impulsando los movimientos migratorios y juntando a personas muy diferentes en su formación, costumbres y religión. En la *aldea mundial* todos debemos convivir armónicamente. De ahí la tarea prioritaria de las religiones: construir comunidades maduras que permitan el desarrollo de las personas y el crecimiento espiritual.

Durante siglos, las religiones han edificado sus propias comunidades con sus estructuras, sus leyes y sus límites, sus costumbres y sus barreras protectoras. Hoy toma forma una nueva sensibilidad religiosa más comunitaria que desea la convivencia armónica entre las religiones. Por su parte, las religiones, por medio del diálogo, pueden crear espacios de encuentro, donde cada persona tenga su lugar sin renunciar a su identidad cultural o espiritual. No hay comunidad sin diversidad. En una comunidad madura la mayoría acepta la diversidad, y las minorías se consideran parte integrante e inseparable del conjunto. Si las religiones aceptan la diversidad

y la colaboración de los otros creyentes, se evitarán los peligros que destruyen las comunidades religiosas: el tribalismo, el fundamentalismo, el racismo, o la violencia. Contra estas enfermedades, los mejores remedios son: la participación igualitaria, la responsabilidad, la apertura, el respeto a los derechos de todos, el juego limpio, etc. El ejercicio del diálogo permitirá a los grupos religiosos convivir en comunidades más amplias, y les ayudará a trabajar juntos en la solución de las cuestiones comunes.

Educar para el diálogo

En las sociedades multirreligiosas la educación es decisiva. Es verdad que cada religión tiene su modelo educativo, pero todas quieren facilitar el crecimiento espiritual y la formación moral. Cuando las religiones se abren a su entorno y aceptan el desafío de la pluralidad religiosa, descubren nuevas posibilidades para la formación religiosa. Bajo esta perspectiva el diálogo interreligioso es un medio excelente para la educación religiosa. Sirve, como ya se ha destacado anteriormente, para disipar los temores mutuos, para desmontar errores y prejuicios que alimentan actitudes fanáticas e insensibles frente al prójimo. Pero, sobre todo, sirve para proporcionar un conocimiento más objetivo y completo de las religiones. Más aún, el diálogo puede ser un instrumento efectivo para mejorar las relaciones, cultivar la amistad y favorecer una responsabilidad compartida. El diálogo constructivo, que construye comunidad, crea espacios propicios para la comunicación y el aprendizaje. De modo semejante, el arte, la literatura y la música, ofrecen otros ámbitos de encuentro y de diálogo interreligioso. Un testimonio muy ilustrativo nos lo proporciona Henri Teissier, obispo de Argel: «quisiera evocar el concierto ofrecido al público argelino en Notre-Dame d’Afrique el 15 de junio de 2002, con ocasión de la restauración del órgano, un instrumento de gran calidad en el que el mismo Camil Saint Saens hubiera querido tocar. La basílica estaba abarrotada por un público ampliamente formado por argelinos amantes de la música, que para esta ocasión fueron

amigos de la Iglesia, franqueando con valentía el umbral simbólico de un edificio de culto cristiano». ¹¹

Conclusión

El diálogo interreligioso ofrece una oportunidad excelente para ejercitar las virtudes cristianas. En el auténtico diálogo se da una comunicación sincera de información, de creencias y de experiencias espirituales. Por medio del diálogo llegamos a conocer el interior de los otros, sus vivencias religiosas más íntimas. Por ello se pide que los interlocutores manifiesten un vivo interés, confianza y respeto mutuos. Además, el intercambio de vivencias y conocimientos religiosos se facilita si los participantes actúan con generosidad y paciencia, con transparencia y sencillez. Podemos dar unos pasos adelante si ofrecemos hospitalidad, amistad y amor. El cristiano no sólo debe ser tolerante y justo al acercarse a las otras religiones, tiene que ejercitar el amor. Cuando acoge con amor a los otros creyentes, los convierte en prójimos, y se transforma en signo de la presencia amorosa de Dios. Unos al lado de los otros, unidos por nuestra común humanidad, caminamos juntos hacia el futuro de Dios. Por último, con el diálogo interreligioso testimoniamos nuestra esperanza. Vivir, reflexionar y trabajar con creyentes de otras religiones es un proceso arriesgado pero esperanzador. A pesar de los conflictos y divisiones, proclamamos que es posible la convivencia en paz entre las religiones y la reconciliación de toda la humanidad y la creación.

¹¹ H. Teissier, «Diálogo religioso y diálogo de culturas», en G. Tejerina Arias (ed.), *Radicalidad evangélica y fundamentalismos religiosos*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2003, p. 127.